

Conociendo a Dios como nuestro Padre Celestial // Daniel del Vecchio PRÉDICAS EN AUDIO

La paternidad de Dios y la intimidad con Él

La palabra “Padre” es una de las expresiones más profundas de intimidad y relación. Cuando oramos “Padre nuestro”, estamos declarando una cercanía real, un vínculo vivo y un amor que supera cualquier experiencia humana. No es un título distante, sino una relación personal y afectiva.

Cristo prometió que no nos dejaría huérfanos, sino que vendría a nosotros. En un mundo frío, impersonal y muchas veces hostil, esta verdad trae consuelo: tenemos un Padre y un Hermano mayor que nos defiende y nos sostiene. Cuando somos atacados o criticados, recordamos que Cristo es nuestro abogado, el que murió por sus elegidos y que intercede por ellos a la diestra del Padre.

La Escritura enseña que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama “Abba, Padre”. Esa expresión –“papá”– revela cercanía, confianza y pertenencia. Es la evidencia de que no somos extraños, sino hijos.

Identidad y dignidad como hijos de Dios

El Señor recibe a quienes han sido rechazados por sus padres terrenales. Su Palabra afirma que ya no somos esclavos, sino

hijos. Y si hijos, también herederos. Esta verdad restaura la identidad y devuelve la dignidad perdida.

El ser humano necesita tres cosas fundamentales: identidad definida, seguridad y motivación. Estas no se encuentran plenamente en el éxito, en la aprobación social ni en los logros personales, sino en la relación con Dios Padre. Él es quien nos da nombre, valor y propósito.

El propósito de la vida nace de la relación con Dios

El hombre necesita un propósito por el cual vivir, luchar y, si es necesario, morir. Este propósito se descubre cuando entendemos quiénes somos en Dios. La relación con el Padre nos da identidad, seguridad y una razón clara para existir.

La seguridad que proviene de Dios no depende de las circunstancias. Él ha vencido al mundo y promete guardarnos hasta el fin. Esta certeza fortalece el corazón y nos permite caminar con confianza, aun en medio de la adversidad.

El valor de la mirada de Dios sobre nosotros

Muchos psicólogos afirman que nuestro comportamiento está influenciado por cómo nos perciben y valoran los demás. Sin embargo, las Escrituras nos muestran una verdad superior: nuestra identidad se define por cómo Dios nos mira.

Dios nos otorga dignidad, valor y una visión de lo que podemos llegar a ser. Él desea amarnos, instruirnos, cuidarnos y perfeccionarnos a la imagen de su Hijo. Quiere comunicarse con nosotros, y el deseo natural del hijo debe ser comunicarse con su Padre celestial.

El deseo de conocer, agradar e imitar al Padre

El verdadero hijo de Dios anhela conocerle más, agradarle en todo y vivir en la seguridad de su amor. Desea imitarle, reflejar su carácter y obedecer el llamado a ser perfecto como el Padre es perfecto.

Para experimentar unidad con el Padre y paz en el corazón, es necesario apartarse de aquello que contamina y ofende a Dios. La Escritura nos llama a salir de en medio de lo impuro y separarnos, para ser recibidos como hijos e hijas.

La necesidad de pureza y separación del pecado

La Palabra exhorta a limpiarnos de toda contaminación de carne y de espíritu. No solo se trata de pecados visibles o sensuales, sino también de actitudes internas como la crítica, la murmuración, el enojo y el rencor.

La contaminación puede venir tanto por pecados carnales como por pecados espirituales. Por eso, se nos llama a perfeccionar la santidad en el temor de Dios. La pureza no es opcional para el hijo que desea vivir en comunión con su Padre.

Imitadores de Dios y no del mundo

El apóstol Pablo exhorta a ser imitadores de Dios como hijos amados, viviendo en amor y entregándonos los unos por los otros, como también Cristo se entregó por nosotros. No debemos imitar al mundo, ni a sus ídolos, ni a modelos humanos que no reflejan el carácter de Dios.

La transformación ocurre cuando renovamos nuestro entendimiento y nuestros pensamientos. Jesucristo nos invitó a

aprender de Él, que es manso y humilde de corazón. Mirar su vida, observar su actitud y estudiar los evangelios como si fuera la primera vez es el camino para ser transformados.

Una vida observada y sin reproche

Jesucristo fue examinado incluso por sus enemigos y no hallaron falta en Él. De la misma manera, los hijos de Dios están llamados a vivir de tal forma que, aun bajo mirada hostil, no haya reproche legítimo.

Estudiar la vida y la actitud de Cristo nos lleva a ajustar nuestra conducta a sus valores. No se trata solo de doctrina aprendida, sino de una vida que refleja lo que creemos.

Redimiendo el tiempo con una vida de amor

Cristo no vivió para salvarse a sí mismo, sino para salvar a otros. Caminó en amor, habló con claridad cuando fue necesario y aprovechó cada oportunidad. Por eso se nos exhorta a redimir el tiempo.

Seguir a Cristo implica vivir con urgencia espiritual, valorando cada momento como una oportunidad para reflejar sus valores y su actitud.

La urgencia de aplicar la doctrina

El tiempo para poner en práctica lo que sabemos es limitado. No basta con teorizar o acumular conocimiento. La doctrina debe convertirse en vida.

La fe auténtica se demuestra en la obediencia diaria. Lo que Dios ha revelado debe llevarse a la práctica sin demora.

El discipulado como cuidado y protección

Se plantea la necesidad de un discipulado intencional, donde cada creyente esté integrado en una célula o grupo pequeño bajo la guía de un líder. Nadie debe caminar solo.

La meta es que cada persona sea amada, cuidada y enseñada, evitando que haya “ovejas descarriadas” vulnerables al ataque. El discipulado fortalece la iglesia y forma creyentes maduros.

Orden, autoridad y obediencia

La vida cristiana incluye aprender a obedecer y respetar la autoridad. La obediencia no se limita a cuando estamos de acuerdo, sino que se extiende también a momentos de desacuerdo.

En las relaciones, incluso en el noviazgo, se busca cobertura y bendición pastoral como una forma de protección. El principio no es control, sino cuidado espiritual y acompañamiento.

La verdadera felicidad está en la paz con Dios

El mundo enseña que la felicidad consiste en hacer lo que uno desea. Sin embargo, la verdadera felicidad se encuentra en estar en paz con Dios. Cuando toda nuestra energía se orienta a honrarle y agradarle, lejos de agotarnos, somos fortalecidos.

La Escritura declara que quien ha nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él. Esta verdad nos llama a vivir en santidad, conscientes de la nueva naturaleza que hemos recibido.

Separación para vivir como hijos amados

La experiencia de quienes deciden apartarse de la impureza demuestra que Dios interviene y guarda a sus hijos. La promesa es clara: si salimos de en medio de lo impuro y nos apartamos, el Señor nos recibirá y será nuestro Padre.

Vivir como hijos amados implica separación del pecado, obediencia sincera y un deseo constante de agradar al Padre. En esa relación íntima se encuentra identidad, propósito, protección y la plenitud de la verdadera vida.